

SANTA MARAVILLAS DE JESÚS



SANTA MARAVILLAS DE JESÚS

Rafael María López Melús, carmelita

Ilustraciones: Tomadas de la
“Vida Gráfica de la Madre Maravillas de Jesús”.

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com



BUENAS RAÍCES

Nos enseña la Palabra de Dios y lo confirma la experiencia de cada día, que, por regla general, de padres buenos cristianos salen hijos ejemplares.

Nuestra protagonista vino al mundo en Madrid, aunque sus padres residían entonces en Roma, pues su padre era Embajador de España ante la Santa Sede. Era el 4 de noviembre de 1891, miércoles, día dedicado en el Carmelo a la Virgen María. Sus padres, don Luis Pidal y Mon y doña Cristina Chico de Guzmán y Muñoz, Marqueses de Pidal, eran profundamente cristianos y supieron transmitir su fe a sus hijos: María del Pilar, que murió poco tiempo después de nacer, María de la Concepción, Alfonso y María de las Maravillas.

Es curioso comprobar que, repasando la hagiografía, encontramos abundantes casos en los que el último de los hijos, y, en general de familias numerosas, es el elegido por el Señor para escalar la santidad.

Al ser bautizada el día 12 de noviembre en la parroquia de San Sebastián, de Madrid, se impusieron estos nombres: María de las Maravillas, Carolina, Cristina, Luisa, Ildelfonsa, Patricia y Josefa. Desde el gran momento de recibir el primero de los sacramentos, ya se coloca a esta niña bajo el patrocinio y tutela especial de la Virgen María. Siempre caminará bajo su manto y guiada por Ella.

En casa de los Pidal-Chico de Guzmán se rezaba cada día el santo Rosario y se profesaba una tierna devoción a la Virgen María.

Además de sus padres, quien mayormente influirá en su formación religiosa en los años de su niñez y adolescencia será su abuela materna, doña Patricia Muñoz Domínguez, mujer muy piadosa. El ambiente que se vivía en casa de los Marqueses de Pidal era, pues, de profunda religiosidad, de alta cultura y distinción.

A la temprana edad de cinco añitos ya se consagró al Señor. Una persona que la conocía bien dijo de Maravillas: «Como quería ser solamente del Señor, quería manifestarle de alguna manera que era sólo suya, y recordando, sin duda, las vidas de las santas que su abuela le leía, decidió hacer voto de castidad. Puso un altar en el desván, con dos velas y unas flores a la Virgen, y allí hizo su voto».

En un pequeño desván, y teniendo como único testigo una criada, la Virgen María contemplaría complacida aquella escena, en la que la pequeña Maravillas, con toda decisión, quería entregarse a su Hijo Divino para siempre.



FELICIDADES, MADRE!

Al poco de nacer Maravillas sus padres tuvieron que volver a la Embajada de España ante la Santa Sede, a Roma. La pequeña Maví -como la llamarán en familia- quedó al cuidado de la abuela materna doña Patricia, que al morir su esposo, se retiró de la vida social, viviendo su viudedad como una religiosa, en austeridad y en obras caritativas. Ella enseñará a su nietecita, ya que dormían en la misma habitación, las primeras oraciones y el amor a Jesús y a María.

Maví era sumamente observadora: veía que cuando llegaba el santo de su padre, o de su madre, o de su abuelita, la institutriz le enseñaba algunos versos para que se los recitara como felicitación.

La pequeña Maravillas pensaba que la Santísima Virgen era más que todos ellos, y entonces, por su cuenta, buscaba en libros de oraciones algunos versos, para también ella poderse los recitar a su Madre del cielo, la Virgen María, en sus principales festividades.

Dice uno de estos versos, que ella recordará ya muy anciana:

«En mayo, cuando olorosas florecen las azucenas,/ cuando van las mariposas/ dando besos a las rosas/ y a las floridas verbenas; cuando entre juncos y flores,/ madreselvas y rosales/ fabrican los ruiseñores/ el nido de sus amores/ entre oscuros matorrales.

Es que el mundo, Madre mía,/ con flores, frutos y aromas/ alaba al nacer el día/ tu dulce nombre, ¡oh María!! entre arrullos de paloma.

En este canto de amor/ quiero también tener parte;/ quiero ser ave, ser flor,/ azucena y ruiseñor tan sólo para alabarte.

Haz que vea mi existencia/ a tus plantas resbalar/ y acepta, Madre, la esencia/ con que viene mi inocencia/ tus plantas a perfumar».

UNA FECHA DULCÍSIMA

Maví era avispada e inteligente y de mucho carácter. Le gustaban la naturaleza y los animales. Como era costumbre en su tiempo en la alta sociedad, no frecuentó colegios, pero recibió una esmerada educación en su propia casa.

Aun antes de hacer su Primera Comunión, Maví acompañaba a doña Patricia a la Misa diaria, y sentía santa envidia de su abuelita porque la veía comulgar cada día. Todavía no habían llegado los tiempos de San Pío X, que adelantaría la edad de la Primera Comunión en los niños. Por ello, hasta sus diez años y medio no pudo ver satisfechas sus ansias de recibir a Jesús Sacramentado, aunque lo tenía siempre muy dentro de su corazón.



El mes anterior a este gran día vivió interna en el «Real Colegio de Santa Isabel», de Madrid, de las Religiosas de la Asunción. Como ya hacía tiempo había decidido consagrarse a Dios en la vida religiosa, estos deseos se acrecentaron cuando recibió por vez primera los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía.

El 7 de mayo -mes dedicado a la Virgen María- de 1902, fue el día tanto tiempo esperado de albergar en su corazón al divino Huésped. Recibió la Primera Comunión de manos del señor Obispo de Sión, don Jaime Cardona. Nos ha quedado un entrañable recuerdo de lo que pasó aquel día entre ella y su Jesús, con quien ya desde los cinco años se había desposado. Es una carta que ella, ya carmelita descalza, escribió muchos años después a su director espiritual:

«El día de mi Primera Comunión fui felicísima. Sólo hablé con el Señor de mis ansias por que llegara el día de poder ser toda suya en la vida religiosa, y siempre es para mí una fecha dulcísima y memorable». Ese día repartió todos los regalos que había recibido entre las demás niñas. Así era de generosa, ya desde pequeña, Maravillas.

Todas las tardes visitaba a Jesús Sacramentado y a su Madre, María.

En su librito de la «Congregación de Hijas de María», escribió: «Maravillas, hija de María. ¡Oh, Santa Madre de Dios! Obtendme un corazón ardiente para desear a Jesús; un corazón puro para recibirle; un corazón constante para no perderle jamás».

LA LLAMADA AL CARMELO

Sus ansias de ingresar en la vida religiosa se vieron frenadas por diversas dificultades que retardarían el poder cumplir sus deseos.

Maravillas, por su posición social, se veía obligada en muchas ocasiones a tomar parte en reuniones y fiestas que no llenaban su corazón. Antes iba a confesarse y hacía una visita al Señor en la capilla de su casa en Madrid. Una preciosa imagen de la Inmaculada Concepción presidía el altar. Aquí tomaba fuerzas y pedía a la Santísima Virgen no manchar la blancura de su alma. Ella era la depositaria de sus inmensos deseos de consagrarse a Dios y su Modelo siempre.

Una de las fotografías que conservamos de Maravillas de esta época, nos la muestra vestida de pastora, rodeada de ovejitas. Está sacada en Carrascalejo. La mirada de Maravillas está perdida en la Manía. Amaba tanto a Dios, que en Él pensaba continuamente.



Este enamoramiento del Hijo de María, desde que tuvo uso de razón, no lo verá plenamente satisfecho hasta sus veintisiete años, cuando abrace definitivamente la vida de carmelita descalza.

Maravillas tuvo el gran privilegio de visitar en varias ocasiones el Santuario de la Virgen de Lourdes, en Francia. Siempre conservará nuestra protagonista un acendrado amor hacia la Virgen bajo esta advocación de Lourdes. Iba allí todos los veranos. Sus padres se volvían pronto y ella se quedaba con su abuela, alguna vez hasta un mes, y le entusiasmaba. Se pasaban el día en la gruta. ¡Cuántas cosas se dirían la Madre y la hija! Años después decía a sus monjas que en Lourdes siempre se recibía alguna gracia especial.

Los Santos Padres del Carmelo, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, eran sus lecturas preferidas, y por eso su alma se inclinaba hacia esta Orden. Un día fue con una amiga a visitar el carmelo de El Escorial (Madrid) y aquellas monjas robaron su corazón. Sufría al abandonar a su madre, viuda, pero, vencidas todas las dificultades, llegó el día tan deseado. Fue el 12 de octubre de 1919, fiesta de la Virgen del Pilar, el día elegido para su ingreso en el carmelo de El Escorial.

No sabía que la devoción a la Virgen en el Carmelo era tan grande. Aquello de: «El Carmelo es todo de María» le entusiasmó.

Este mismo día 12 de octubre, en el recreo de la noche, la madre maestra madre M^l Josefa del Corazón de Jesús, que será una de las cuatro fundadoras del carmelo del Cerro y que tan unida estaba a Madre Maravillas-, pedirá a la nueva postulante que cante algún cántico piadoso. Maravillas sorprendió a la comunidad con esta coplilla que había compuesto ella misma

«Yo comprendí que el mundo no tenía
con qué saciar mi pobre corazón;
me enamoré del Hijo de María
y le entregué para siempre mi amor».

«EN EL CIELO HA NACIDO UNA ESTRELLA»

A pesar de ser hija de los Marqueses de Pidal y tener 27 años de edad, no encontró dificultades en adaptarse a la austera vida del Carmelo. Más aún, se sintió como pez en el agua. Maravillas Pidal es ya la Hermana Maravillas, «Maravillas de Jesús».

Poco antes de ingresar en el convento, la madre priora le había preguntado cómo le gustaría llamarse. Ella respondió:



-María, o como quieran... Todo, menos Maravillas.

Y cuando le dijeron que se iba a llamar Maravillas, pensó: -¿Para qué me lo habrán preguntado?

Pero nada dijo. Seguramente aquellas buenas madres lo habrían hecho por dar este consuelo a su madre, por no quitarle su nombre de pila. Al fin y al cabo, daba igual. Y se quedó con Maravillas.

Escribía a su cuñada Adelaida a los pocos días de entrar en El Escorial: «Me siento muy feliz, y llenas todas las aspiraciones de mi corazón».

El Padre Juan Francisco López, jesuita, su director espiritual, a los ocho días de su entrada fue a visitarla y se sorprendió de verla tan feliz. - Pero, padre, ¿es que dudaba?, le contestó Maravillas.

La tradición de la Orden y la nota mariana, aquí tan profundamente vivida, fueron calando en el alma de Maravillas, y fue comprendiendo lo que la Virgen significaba para el Carmelo: Ella era su Madre, su Fundadora, su Patrona, su Hermana, su Reina, su Hermosura, su Flor.

Pronto vio, asimismo, que un convento carmelita debía ser como un doble de la casita de Nazaret, y que allí debían vivirse las virtudes de humildad, silencio, trabajo, escondimiento..., tomando desde el primer instante a la Virgen María como «Modelo» de su vida, teniendo siempre presente la vida de la Sagrada Familia; y por eso tratará de imitar a Jesús, María y José.

Después de seis meses de postulantado, ya estaba preparada para recibir el Hábito de la Virgen María. El día elegido fue el 21 de abril de 1920, miércoles. Lo recibió de manos del Obispo de Sión, don Jaime Cardona, que le había dado la Primera Comunión y era el confesor de doña Cristina, su madre.

Como se trataba de una aristócrata que abandonaba el mundo, no pasó desapercibida esta noticia a la prensa madrileña. Un periódico, el día 22, le dedicaba un largo espacio. Entre otras cosas, decía:

«En la iglesia, la estatua de la Virgen del Carmen tendía hacia los fieles su piadosa mirada... Las monjas visten los hábitos pardos y blancos de la Orden del Carmen... Un momento la figura nupcial desaparece. Ha partido, después de postrarse ante la Virgen del Carmelo, para presentarse otra vez vistiendo ya el hábito de la Orden... Maravillas Pidal ha muerto para el mundo; mas en el huerto del Señor un rosal ha florecido. Y en el cielo ha nacido una estrella».

Aquí quiero
que tú
y esas otras almas
escogidas de mi

Corazón, me

hagáis un Carmelo

dónde tenga
mis delicias.

Si Corazón

necesita ser
consolado.



EN EL CERRO DE LOS ÁNGELES

En 1910, la hija de los barones de Andilla, Madre M^a Josefa había fundado el Carmelo de El Escorial. Aquí hizo su postulante y noviciado Maravillas de Jesús. Fue una novicia observante, trabajadora, silenciosa y entregada a la oración.

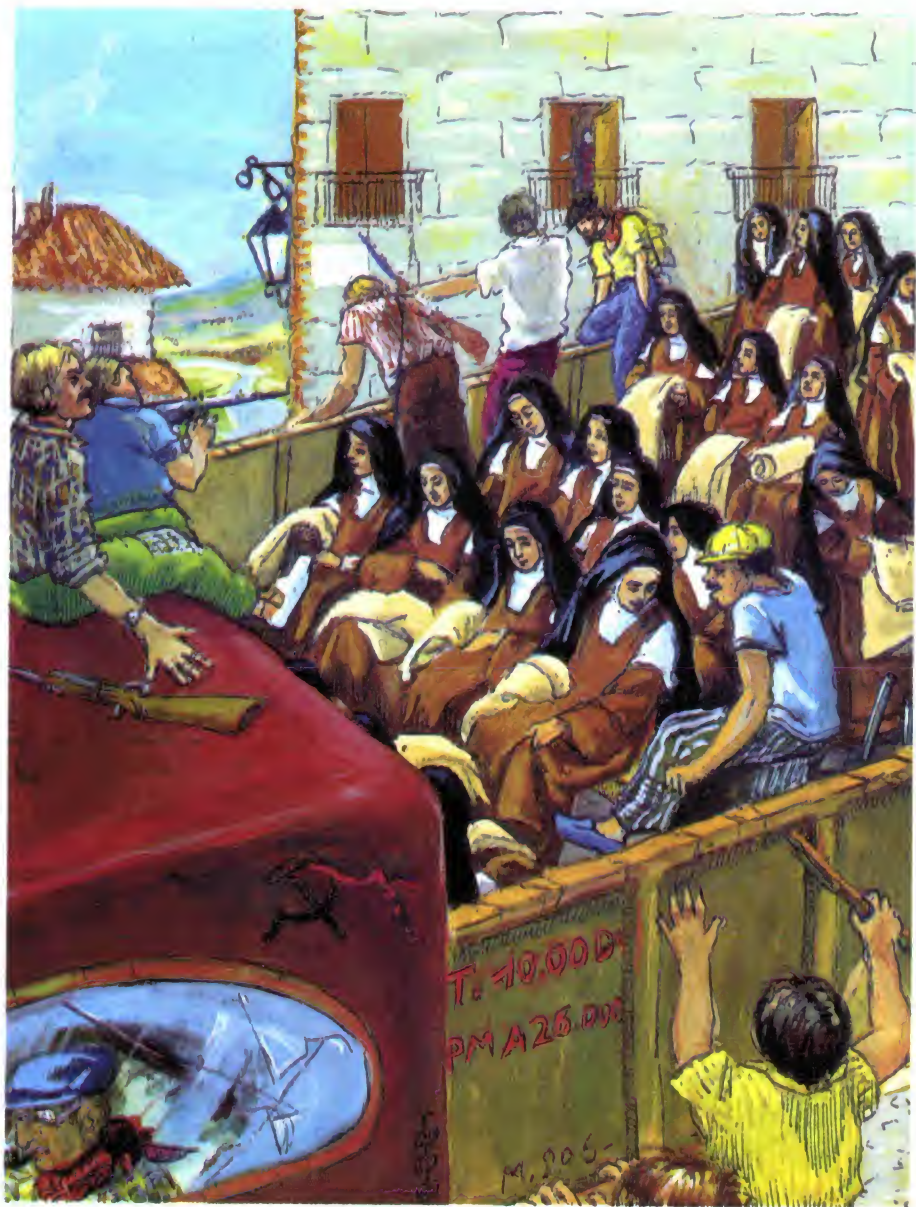
Su maestra no escatimará medios para formar lo más sólidamente posible a aquella joven, ya madura en edad, y que tantos años esperó la hora de poder abrazar aquella vida.

Sus trabajos por llegar a esta mansión le parecían pequeños. Su gozo era inmenso, pues todo le parecía bueno en el Carmelo: su horario, sus normas, sus costumbres, sus rezos, sus labores, sus hermanas... Veía satisfechas sus ansias de entregarse de lleno y para siempre al Señor por la salvación del mundo.

Por fin llegó su día tan ansiado de unirse con Jesucristo y con la Orden de María, por medio de su profesión de votos temporales. Ella hubiera querido hacer en aquel momento los votos solemnes, pues su decisión era para siempre, pero había que someterse a las leyes canónicas. Era el día 7 de mayo de 1921, sábado. Siempre acompañada de la presencia de María. En esta ocasión, nada menos que en el mes de la Madre y en el día de la Madre... ¿Qué regalo más grande esperar?

Un día, en junio de 1923, Hermana Maravillas, aún siendo profesora temporal, sintió en su interior una fuerza especial -una inspiración del Sagrado Corazón-, que le empujaba a fundar un Carmelo en el Cerro de los Ángeles. Hacía cuatro años que allí se había hecho la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús levantando un grandioso monumento. Pero nada más. ¿Quién cuidaría de él? ¿No sería magnífico que allí hubiera una comunidad de orantes, como lámparas encendidas, que continuamente elevaran plegarias al Señor en favor de España?

Allí había también una ermita dedicada a la Virgen de los Ángeles, que daba el nombre al Cerro, y que estaba bastante abandonada. Superadas muchas dificultades, el día 19 de mayo de 1924, las cuatro fundadoras dejaban con gran pena su Carmelo de El Escorial.



«TIEMPOS RECIOS»

Así llamaba a los tiempos difíciles Santa Teresa de Jesús.

Con frecuencia creemos que cuando somos probados en el cuerpo o en el espíritu nos abandona el Señor. Y al revés: cuando las cosas nos salen a pedir de boca solemos creer que el Señor está muy dentro de nosotros y está contento con nuestro proceder.

No pensaban así los santos. Cuando eran probados se sentían gozosos porque participaban de la misma suerte que su Maestro.

Madre Maravillas vivió muchas épocas de «tiempos recios» espirituales y temporales. Grande prueba fue cuando, al poco tiempo de emitir sus votos solemnes -que hizo el 30 de mayo de 1924 en la casita de Getafe, mientras se construía el nuevo convento del Cerro de los Ángeles-, el señor Obispo de Madrid, D. Leopoldo Eijo Garay, la nombraba Priora de la nueva comunidad.

Madre Maravillas, que se sentía la última de todas, sin embargo tendrá que «cargar» con la cruz de ser priora durante su vida entera.

Pruebas duras pasó los tres años de la Persecución Religiosa en España (1936-1939), desde que las carmelitas del Cerro fueron expulsadas de su convento, en julio de 1936, y conducidas en camiones primero a Getafe y después a Madrid. Se conserva un «Diario de la Guerra» que recoge día a día las enormes peripecias que pasaron la Madre y las monjas hasta que se refugiaron en el desierto de Batuecas. Pero sintieron siempre palpable la protección del Señor y la presencia cercana de la Virgen María, de la Madre Dulcísima, como a ella le gustaba llamar a la Virgen del Carmen.

Madre Maravillas sufrió mucho en estos años por tantas ofensas cometidas contra el Señor. Ella decía: «¡Pobre Jesús mío, qué ganas dan de quererle de veras por tantos como no le quieren! Quisiera yo poder, a costa de cuanto fuera necesario, transformar las ofensas que en el mundo se cometen, en gloria, amor y consuelo para el Corazón de mi dulcísimo Jesús».

Sí, Madre Maravillas era «muy amiga del Señor» y por ello fue probada en su amor como el oro en el crisol. Pero también disfrutó de muchas alegrías, fruto de las muchas gracias que le concedió este mismo Señor: Fundaciones, abundancia de vocaciones, gracias espirituales recibidas... Una de estas gracias fue en la noche de Navidad. La Madre sintió que la Santísima Virgen, a quien tanto amaba, le entregaba al Niño Jesús y lo ponía en sus brazos.



VUELTA AL CERRO

En marzo de 1939, nada más terminar la guerra civil, Madre Maravillas con varias monjas volvió al Cerro para recuperar el convento. Parte de la comunidad se quedó en el desierto de Batuecas que poco antes de la guerra la Madre había adquirido providencialmente. Allí habían vivido felicísimas, aunque con mucha pobreza, el último año de la persecución religiosa, 1938.

El Cerro presentaba un aspecto desolador: el Monumento al Sagrado Corazón estaba totalmente destruido, y lo mismo el carmelo. El edificio sin tabiques, ni puertas ni ventanas; los suelos levantados, llenos de fusiles, montones de balas, escombros y ratas que corrían de acá para allá...

Madre Maravillas no perdía el tiempo en lamentarse. Ella con todas sus monjas se pusieron manos a la obra para sacar escombros y limpiar el convento.

Trabajaban sin parar, y lo peor de todo es la poca agua que tenían para beber. Un día que la sed era abrasadora, se presentó un señor que les llevó un saco de naranjas. Lo recibieron como venido del cielo.

Otro día vieron que en una pared había quedado incrustada una granada sin explotar. Ni los mismos soldados se atrevían a tocarla. Entonces Madre Maravillas, con gran valor, prohibió a las hermanas que se acercasen, la tomó y la llevó hasta un camión blindado.

La Madre, en medio de este trabajo tan duro, era la que ponía vida en cada cosa; la primera en el trabajo, la primera en la abnegación, la primera en la alegría. Su ejemplo arrastraba a todas las monjas. Toda su vida fue una auténtica «Maravilla», haciendo alusión a su nombre de bautismo y de vida religiosa en el Carmelo.

Cuando al atardecer, después del duro trabajo, recorrían las ruinas del Monumento, la Madre sufría tanto al recordar a sus hijas de Batuecas, que con frecuencia exclamaba: «¡Hijas, ya no volveremos a hacer más fundaciones!» Pero Dios no pensaba lo mismo. Nuevas fundaciones le esperaban.



MÁS «CASAS DE LA VIRGEN»

Ya vimos cómo aún siendo profesa simple fundó el Carmelo del Cerro de los Ángeles, cerca de Madrid, en el corazón de España. Años después -1933-, a petición de un obispo carmelita, fundó en la India, en Kottayam, adonde quería ir ella para hacer mayor sacrificio por Jesucristo al marcharse de su patria. Pero otros eran los planes de la Divina Providencia.

Madre Maravillas de Jesús fue elegida por el Señor para extender la Orden de su Madre por muchas partes. En sus fundaciones tenía dos metas o ilusiones a las que quería dar vida: recuperar conventos antiguos de la Orden, y que fuera en o cerca de algún santuario mariano. En aquellos años no era tan fácil como ahora tener un coche, y la Madre tenía que visitar las obras de los nuevos conventos en una pobre tartanita tirada por un caballo. Los caminos eran muy malos, llenos de baches, y en invierno había mucha nieve o, si llovía, eran verdaderos barrizales.

En 1944 se hacía la fundación del Carmelo de Mancera de Abajo (Salamanca). Tres años después -1947- veía satisfecha su gran ilusión de fundar en Duruelo (Ávila), el primer convento de la reforma de los Carmelitas Descalzos, de San Juan de la Cruz.

Abundaban las vocaciones, y por ello Madre Maravillas aprovecha esta rica cosecha para fundar nuevas «Casas de la Virgen».

En 1951 -Año Santo carmelitano del Escapulario- traslada la comunidad de Batuecas al nuevo Carmelo junto al Santo Cristo de Cabrera (Salamanca), y cede Batuecas a sus hermanos de hábito.

En 1954 se celebraba el Año Santo Mariano universal para conmemorar el Primer centenario de la Declaración del Dogma de la Inmaculada. La Madre no encuentra otro modo más bello de felicitar a María en este Año Mariano que ofreciéndole un nuevo «Palomarcico», y elige para ello Arenas de San Pedro (Ávila). Seguirán San Calixto en la Sierra de Córdoba (1956), Aravaca, cerca de Madrid (1958), Montemar-Torremolinos (Málaga, 1964), y en 1961, La Aldehuela (Getafe-Madrid). En este último Carmelo introdujo como trabajo manual para sus monjas la elaboración de rosarios de pétalos de rosas, como medio de propagar la devoción a la Santísima Virgen.

Aquí, en este «palomarcico de María», vivió los catorce años últimos de su vida, muy fecundos en ejemplos de una vida santa para cuantas hermanas tuvieron el gran privilegio de vivir con ella, y para tantos y tantos otros monasterios Carmelitas, Obispos, sacerdotes y seglares, que recibían abundantes gracias mediante sus oraciones y sus preciosas cartas cargadas de celestial doctrina.



JARDÍN DE VIRTUDES

Sí, en el alma de Maravillas el Señor obró «maravillas». La semilla de la gracia que cayó en su corazón el día de su bautismo germinó lozana y pujante en cuanto tuvo uso de razón.

El alma de Maravillas era como un jardín en el que las virtudes florecían regadas por la gracia de Dios y por su correspondencia y fidelidad a Él. Y esto toda la vida, hasta el final. Ya desde niña, por amor a Jesús, hacía sacrificios y se esforzaba por dominar su carácter vivo. Sacaba fortaleza para vencerse de las visitas frecuentes a Jesús en el sagrario.

En el noviciado fue asimilando las virtudes religiosas y el carisma del Carmelo. Las enseñanzas de la Madre Maestra y los ejemplos de aquellas santas hermanas iban calando en el hondón de su alma.

Difícilmente podemos presentar en unas líneas las «rosas que florecieron en aquel jardín». Pero las sintetizaríamos así: - amantísima del Señor, de la Virgen y de los Santos. - caritativa hasta el extremo con cuantos trataba: Hermanas, sacerdotes, religiosos y seglares. - confianza ilimitada en la Divina Providencia que nunca le falló. - la Eucaristía y el Sagrado Corazón fueron el centro de su vida. - la Virgen María, «su Dulcísima Madre», fue su guía y norte. - el celo de las almas, la conversión de los pecadores, eran su obsesión.

- Madre Maravillas quería mucho a los niños. A pesar de ser monja de clausura, hizo muchas obras caritativas en favor de ellos y de los pobres: iglesias, escuelas, casas... - la oración era el fuego, la fragua, que alentaba sus múltiples obras. - admiraba a quienes la trataban su amor de Dios, su humildad, su bondad, su dulzura, su piedad, su inteligencia, su entrega y delicadeza...

Los teólogos que en el Vaticano estudiaron su vida, dijeron de ella: «Maravillas de Jesús correspondió de todo corazón al amor de Dios, que nos amó primero; impulsada por la caridad, consagró su vida a la gloria de Dios y al servicio del prójimo, y, discípula fiel de santa Teresa de Jesús, observó plenamente la Regla y las Constituciones de las Monjas de la Orden de Hermanos Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. De este modo dio gloria a Dios, contribuyó eficazmente al bien de las almas y llegó a la cumbre de la perfección cristiana».



«¡QUÉ FELICIDAD, MORIR CARMELITA!»

Mucho le costó dejar a su madre para ingresar en su querido Carmelo. Pero valió la pena.

Madre Maravillas ya había llegado a la meta. Ya había hecho la Obra. Se había gastado por Cristo.

En octubre de 1972 sufrió un paro cardíaco. Su salud, ya bastante desgastada, se fue deteriorando poco a poco desde entonces. En diciembre de 1974 se encontraba ya bastante mal. No le cogió de improviso «la llamada del Señor». El pensamiento de la muerte le era familiar a la Madre y no temía la hora de la llamada; más aún, la esperaba con ansias para poder unirse para siempre con su Esposo y con la Virgen María.

En 1955, cuando aún le quedaban casi veinte años de vida, escribía a la hermana Pilar de la Santísima Trinidad que estaba enferma y había sido muy amiga suya, una hermosa carta, en la que le manifestaba su enorme alegría de morir siendo carmelita:

«¡Qué gusto pensar que cuando nos llegue el momento de la muerte, que, gracias a Dios, ya no puede tardar mucho, nos vamos a unir con Dios! Vendrá su Dulcísima Madre, cuyas hijas somos tan especialmente, a buscarnos para llevarnos a Él... Ayudan tanto en ese momento la Madre y el Hijo».

«Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera» fue siempre su lema.

Madre Maravillas había dicho en varias ocasiones: «La verdad es que si estas Casas de la Virgen son buenas para vivir, lo son mucho más para morir». Repetía muchas veces, momentos antes de expirar:

«¡Qué felicidad morir carmelita!»

Está ya a la puerta esa muerte, que para la Madre va a ser el principio de la verdadera vida.

Todavía ha encontrado fuerzas para preguntar con voz entrecortada: «¿Tengo puesto el Escapulario?». Las hijas de La Aldehuela le cantaron por última vez lo que tanto a ella le gustaba:

«Dulce Madre del Carmelo, si muero amándote a ti, ¡qué pronto llegaré al cielo! ¡qué dulce será el morir!»

Poco antes le había recordado una hermana que se iba al cielo, que venía a buscarla su Madre dulcísima, la Virgen del Carmen, con su capa blanca y su santo Escapulario, prenda de su predilección.

Y la Madre, con voz apenas perceptible, murmuró:

-¡Qué alegría! ¿Por qué no me lo han dicho antes?

Aquella pobre celda estaba inundada de paz.

Eran las cuatro y veinte de la tarde del miércoles 11 de diciembre de 1974, cuando aquel corazón tan grande dejó de latir y voló al cielo. Tenía 83 años de edad.

En el Carmelo de La Aldehuela, tan humilde y escondido, se conservan sus restos mortales, en aquella iglesia recogida y pequeña que ella levantó con tanto cariño y devoción.

SU OBRA Y APOTEOSIS

Su Obra fue su santificación, la gloria que dio al Señor con su oración y mortificación y el bien inmenso que hizo a tantas almas que formó y ayudó: carmelitas, sacerdotes y seminaristas.

Al morir, un río de gentes de Getafe, de Madrid y de otros muchos lugares vinieron a darle el último adiós, y todos, mayores y niños, querían poder tocar su cuerpo. Pronto comenzaron a encomendarse a ella y a obtener gracias por su intercesión.

Se inició el Proceso de su Beatificación. Se aprobaron sus virtudes heroicas. En 1976, la Madre hizo un gran milagro en Salamanca, devolviendo instantáneamente la salud a una joven de 22 años, que estaba a las puertas de la muerte y que día y noche se encomendaba a ella. El milagro fue aprobado y el Papa Juan Pablo II la inscribió en el Catálogo de los Beatos el 10 de mayo de 1998, a los 23 años de su muerte.

Fue un día maravilloso -apoteósico- aquel 10 de mayo para la Iglesia y el Carmelo.

Habían pasado sólo dos meses de su Beatificación, cuando en julio de 1998 ocurrió otro gran milagro en Argentina: un niño de 18 meses se ahogó en una piscina de agua estancada y fangosa. Su madre, con mucha devoción, suplicó por su hijo a Madre Maravillas, y al día siguiente el pequeño Manuel se recuperó totalmente. Este milagro fue aprobado, después de haber sido estudiado y discutido en Roma.

El Papa Juan Pablo II, el 4 de mayo de 2003, canonizó solemnemente en Madrid a esta gran hija de Santa Teresa de Jesús.

El sepulcro de Madre Maravillas es visitado por un número creciente de personas de todo el mundo que acuden a la Santa en busca de consuelo y ayuda, o para agradecerle favores. Ella, que cuando vivía en la tierra nunca dejó sin atender a quien pasaba a su lado, ahora sigue «sembrando alegrías» e invitándonos a mirar al cielo: «Esta vida se pasa volando, y lo único que vale es lo que hagamos para la otra».

